

Ojos que no miran

Ya no queda baile en los salones. No hay música. No hay risas. La llama en tu piel se enfría y el fuego en la hoguera arde incapaz de calentar la mía.

Sangre en mis manos. En las telas. En los suelos. Sangre en las paredes que no es tuya ni es mía. Siglos se pierden tras tus ojos que no miran.

Te abrazo fuerte contra mi pecho, hace ya mucho que frenaron los gritos de agonía. Sostengo tu cuerpo inerte y las lágrimas rojas mojan un poquito más tu lacerada mejilla. Las horas pasan sin oírlas, siento el familiar cosquilleo de la amenaza en la piel. Pronto el sol será detenido por las pesadas cortinas.

Por siglos fuiste luz y faro de mi noche infinita, el único latido de un corazón marchito, perdido en el silencio. Un tambor para el que eras la única baqueta. Ahora el sonido se ha apagado para siempre sin los golpes repentinos de tu sonrisa.

¿Quién leerá ahora el cúmulo de historias en tu biblioteca? ¿Quién llenará de las más extrañas flores el jardín? ¿Quién compartirá conmigo el manto de estrellas infinito?

No soy consciente cuando te ruego una vez más que me mires. Tampoco lo soy al levantarme, cuando la punta de mi bota se mancha de nuevo con el causante de mis males. «Cazadores», les gusta llamarse así, ¿no es cierto? Alimañas es el nombre que merecen. Jauría de lobos asustados incapaz de creer a nada salvo ellos una persona.

Mentiroso. Cruel. Embustero.

Cada nuevo golpe es una palabra y un recuerdo.

Poco queda ya del rostro inocente que se presentó esta noche en nuestra casa. «Disculpe, se me ha averiado el coche. ¿Le importa si uso su teléfono?», preguntó empapado por la lluvia. Y tú, que siempre habías amado las historias, le dejaste entrar como un buen samaritano. ¿Pensaste que era un nuevo amigo u otra de tus pasajeras diversiones?

No importa ya.

Ninguno de los dos abandonará de nuevo estas paredes.

El crepitar del fuego se detiene y en la oscuridad completa del salón veo los tonos de la noche desdibujarse tras las cortinas.

«Elías está muerto», me digo y me repito. «Elías está muerto» y el mundo pierde su sentido.

Elías, estás muerto. Y tomo este cascarón vacío que un día fuiste entre los brazos. Me acerco a la ventana.

«Polvo eres y en polvo te convertirás», suena la voz del párroco en mi recuerdo.

Las largas horas de mi vida navegan una última vez el mar de mi memoria, acelerando en todas aquellas partes en las que aún no estabas a mi lado. Pausando en cada danza, en cada risa, en cada gota de sangre y beso compartidos.

Tú ya no estás y ya no hay risas, ya no hay flores, ya no hay cálidas noches de verano y llamas en las que imaginar el día que hace tiempo no hemos visto. ¿Recordabas cómo era el amanecer? Te gustaban sus colores. Llenaste la casa de naranjas, rosas, rojos. El amanecer y el ocaso entre claveles.

Abro las cortinas y el ventanal chirría en sus goznes. Prometiste que lo arreglarías. Esa nimiedad también la recuerdo ahora.

El astro se alzaré imparable sobre la densa arboleda.

Perdóname, porque pronto iré contigo. Perdóname, porque me pediste que no lo hiciera.

Te sostengo entre los brazos con un poco más de fuerza y observo los cambios de color. Las nubes que una y otra vez se tiñen en un último y largo amanecer.

El dios sol imponente se abre paso y recibo sus llamas como a un viejo amigo.

Bajo la mirada a tu rostro que se deshace en esquirlas de ceniza.

Sonrío.

Mi noche acaba al fin.